

# La escasa merienda de los tigres

En la juerga de los jergones por la cerradura  
aquél que soy yo no sé qué miraba en el patio de butacas  
no sé qué esperaba en la desesperanza pues la hora no pára  
en la esperanza de no sé qué yo desesperaba tanto.  
Y las gentes corrían por los pasillos en busca de las Bienaventuradas Islas  
que prometió el viejo que se arrulla en el furgón de cola  
y la feroz mujer golpeaba la puerta de mi cuarto: «Arriba gandul  
queridísimo gandul arriba  
está ya comenzando la función de la tarde  
queridísimo gandul de treinta años».  
Pero yo estaba allí como un ardiente niño  
como un niño con ganas de jugar furiosamente al futbol  
los domingos los jueves y los restantes días de la semana  
y me pulsaba me palpaba por si haberme convertido en ratoncito o lluvia  
o en personaje oficial de Floripondia  
o en fogonero de un navío celeste  
que partiera el día cincuenta y dos de mayo  
en busca del vinopán de los locos Dragones  
que inventaron la vida y todas las cosas.  
«Arriba querido gandul coje la escoba  
te esperan allá fuera para hacer tu papel de bendito diablejo inocente»  
Y las gentes irrumpían roncando en el patio de butacas  
y yo tocaba el tambor desde los anfiteatros  
y las gentes se ponían sus caretas apresuradamente  
y yo me desnudaba y sentía risa ganas de llorar a todo trapo.  
Ya habrán entrado todos y salido cansaditos del trabajo diario a duras penas  
ya estábamos allí todos emborrachándonos aburridos  
junto al embarcadero del Sol  
de donde parten los secretos expresos  
con su carga diaria de difuntos hacia el oeste tenebroso  
y yo me sentía como un general con apetito de ser aniquilado  
de ser fulminado por el cuello hundidamente  
por ese fabricante de agua y luz y pequeños animales paranoicos  
cuyo domicilio ignoramos todos aún a estas alturas.  
Y yo volvía a mirar al patio de butacas  
como un perro pensativo sin su hueso  
y me tiraba por los suelos bramando de estaturas perdidas